

miento para la clase obrera y para la burguesía. Si en el grupo de trabajos anteriores era sobre todo el género el que se cruzaba con las relaciones entre el mundo público y el privado, aquí es la clase social la que vemos interactuando en tales relaciones.

A este segundo grupo de trabajos pertenecen también los de Alberto Reig Tapia y M.^a Angeles Durán. El primero estudia, con extraordinaria sensibilidad, los sentimientos de angustia y la esperanza —a pesar de la terrible situación en la que se encontraban— de los presos y represaliados durante la guerra civil y la inmediata postguerra (1936-1945), con el fin de hacer visibles a los protagonistas anónimos y olvidados de la historia.

M.^a Angeles Durán, por su parte, con una metodología basada en las encuestas propia de la sociología, estudia los sentimientos de satisfacción-insatisfacción experimentados por los españoles y españolas al principio de los años noventa, y sus esperanzas de futuro. Aunque hay un porcentaje importante de encuestados y encuestadas que no emiten juicio (cerca de la cuarta parte), lo que resulta algo inquietante, la mayoría de los que se manifiestan se sienten moderadamente satisfechos con su situación actual y con su futuro. Estos resultados llevan a la autora a intervenir en el debate Modernidad-Postmodernidad a favor de la primera:

«Ni la desesperanza ni la catástrofe ocupan un lugar destacado en las expresiones de los españoles de fin de siglo; y tampoco parecen sentirse incapaces de transformarse, y menos aún de diferenciarse, de las estructuras sociales y políticas. El "sujeto constituyente" se perfila vivo, y bien vivo, a través de las decenas de sondeos que hemos manejado.»

Este colofón optimista de M.^a Angeles Durán sobre la creencia en el progreso, pone fin a un libro cuya lectura refrescante espolea nuestra curiosidad histórica con nuevos interrogantes. El interés de las respuestas dadas por la investigación siempre está condicionado en su origen por el acierto en la formulación de las preguntas. Las que este libro sugiere amplían nuestras perspectivas y desbrozan nuevos caminos por los que hacer discurrir el trabajo histórico. Las respuestas que adelanta, por otra parte, nos conducen a reafirmar la importancia social de la historia.

Mercedes Ugalde Solano

COLOMINES I COMPANYYS, Agustí: *El catalanisme i l'Estat. La lluita parlamentària per l'autonomia (1898-1917)*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Biblioteca Abat Oliba, 133, Barcelona, 1993.

El libro de Agustí Colomines *El catalanisme i l'Estat* pretende, y creo que consigue, deshacer los viejos prejuicios contra el nacionalismo catalán que buscan su justificación en el carácter antisolidario de las organizaciones catalanistas, en su supuesto separatismo y en su afán desintegrador del Estado.

El fracaso del federalismo y del carlismo, que habían sido los dos proyectos regionalistas típicos de la España del Sexenio Democrático, favoreció la consolidación del catalanismo político, que tuvo desde las Bases de Manresa en 1899 un claro proyecto de transformación del Estado, en estrecha conexión con la defensa de una Cataluña autónoma vinculada de forma más o menos federal a los demás pueblos peninsulares.

Contrariamente a lo que sostienen ciertos sectores historiográficos, Agustí Colomines defiende que el catalanismo ha sido un movimiento de carácter más integrador que disgregador, una corriente política que aspiraba a representar a la sociedad civil catalana y que, al menos desde la Bases de Manresa, tuvo una fuerte vocación estatista, no incompatible con una manera diferente de entender la organización político-administrativa del Estado. Nunca el catalanismo del primer tercio del siglo xx tuvo veleidades separatistas «al fin y al cabo el separatismo ha sido siempre más emocional que real en Cataluña —afirma el autor—». Lo cierto es que se opuso resueltamente al modelo de Estado centralizador, defendido por la mayoría de las fuerzas políticas que sostenían el régimen de la Restauración, y a los intentos de destruir las señas de identidad propias de los catalanes. El catalanismo histórico, entendido como movimiento socio-político, fue capaz de estructurar y hacer avanzar a la sociedad catalana —en este sentido el autor mantiene el carácter interclasista del nacionalismo catalán— teniendo desde sus comienzos una orientación de progreso y un objetivo claro e irrenunciable: defender la lengua, la cultura y la propia supervivencia de Cataluña, como una manera de intervenir en la política del Estado y como única garantía de que el Estado unificador no terminara estrangulando la personalidad de Cataluña. Ni los federales y carlistas de antaño, ni los catalanistas conservadores y los republicanos nacionalistas defendieron nunca una estrategia anti-Estado.

A partir del análisis de los debates parlamentarios que tuvieron lugar entre 1898 y 1917 sobre la reforma de la Administración Local y sobre la concesión del Puerto Franco a Barcelona, Agustí Colomines muestra las distintas actitudes políticas frente al catalanismo y defiende la tesis de que el nacionalismo catalán, desde que en 1899 se decide por la participación en la política estatal y abraza la vía parlamentaria, se convierte en una fuerza verdaderamente reformista con vocación modernizadora del Estado. Un movimiento integrador, reformista y también liberal, dominado durante los primeros años del siglo xx por un catalanismo conservador, representado por la Lliga, pragmático y posibilista que, ante la pérdida de las elecciones municipales de 1909 y las generales de 1910, no duda en aplicar una política de realidades que condujo directamente a la Mancomunidad. Y sin embargo, sigue encontrando en los partidos dinásticos, y también en los grupos republicanos, una profunda incompresión del fenómeno catalán. Pero el autor no cae en la fácil tentación de tildar al conjunto del liberalismo español de doctrinario y anticatalanista. Establece, muy acertadamente, claras diferencias entre los dirigentes políticos frente a las demandas del catalanismo. No pueden ser metidos en el mismo saco a los liberales Sagasta, Moret, García Prieto y Alcalá Zamora, incapaces de modificar sus postulados antirregionalistas, con el republicano Azcárate, los conservadores Sánchez Guerra y Maura, o los liberales Cana-

lejas y Romanones, que no cerraron sus ojos a la existencia inevitable de una realidad social y política específicamente catalana, y con el grupo de intelectuales de la «generación de 1914», nacida en torno a la Liga de Educación Política y próxima al partido reformista de Melquíades Álvarez, que demostró tener la voluntad, inédita en Madrid, de comprender el catalanismo como única forma de superar los hábitos de la vieja política.

Puede hablarse también con toda propiedad de un catalanismo regeneracionista, crítico con el caciquismo, la oligarquía y los vicios y corrupciones electorales. Sin embargo, hay que tener en cuenta que términos como regeneracionista o reformista son lo suficientemente ambiguos como para poder aplicarlos a un buen número de políticos de la Restauración, que aunque atacaban con dureza e ironía al sistema de partidos, todos, o casi todos, catalanistas o antirregionalistas, liberales, conservadores, republicanos o militantes de la Lliga utilizaron los mismos o parecidos métodos de acción política.

Es muy interesante el capítulo dedicado a los proyectos de un Puerto Franco en Barcelona. Tanto para la patronal del Fomento del Trabajo Nacional como para los regionalistas catalanes, tras la pérdida de las colonias americanas en 1898, se hizo necesario reorientar y fomentar el comercio exterior evitando los cuantiosos gravámenes que imponía la política proteccionista de los sucesivos gobiernos centrales. Una medida importante era conseguir un puerto franco en Barcelona, como los había en Alemania, Francia, Italia, Dinamarca etc. y como recomendaba el Congreso Internacional del Comercio y la Industria celebrado en París en 1900. Agustí Colomines hace una descripción muy completa de la campaña promovida por el FTN y por la Lliga para la consecución de una zona de libre comercio en la Ciudad Condal, que promoviera la industria catalana, y analiza con detalle los debates parlamentarios sobre este proyecto, señalando las distintas estrategias económicas defendidas por catalanistas, de una parte, y por conservadores o liberales, de otra.

En resumen, un magnífico libro, lleno de sugerencias y perfectamente construido, fruto de una larga y costosa investigación en la que el autor ha utilizado numerosas fuentes históricas y una completísima bibliografía.

José María Marín Arce

BUSTURIA Daniel, dir. *Del reencuentro a la convergencia. Historia de las relaciones bilaterales hispano-francesas*, Madrid, Ciencias de la Dirección, S.A., 1994, prólogo de José Luis Leal.

En el ánimo de los promotores de esta obra colectiva —y en el de sus realizadores también— se alberga la firme voluntad de facilitar el entendimiento entre Francia y España. «Reencuentro» (la historia de los dos países) y «convergencia» (presente y futuro, es decir: política común) son los términos que, desde el título mismo que cobija estos estudios, reflejan aquel sentir compartido.